

LA TORRE DEL VIRREY
INSTITUTO DE ESTUDIOS CULTURALES AVANZADOS

LOS DIÁLOGOS DE LA TORRE DEL VIRREY

Diálogos sobre los *Diálogos* de Platón IV

2. ALCIBÍADES MAYOR, ALCIBÍADES MENOR
10 DE DICIEMBRE DE 2021, 18H.

Ponentes: Álvaro López y Unai Cava

Enlace al webinar: <https://zoom.us/j/96273678528>

Los diálogos de La torre del Virrey 2
 La torre del Virrey. Instituto de estudios culturales avanzados
 Webinar 10 de diciembre de 2021 a las 18 h.
 Curso 2021-2022

Alcíbiades Mayor, Alcíbiades menor

Bibliografía

- Platonis Opera*, ed. de John Burnet, Oxford University Press, 1903.
 Disponible en Perseus Digital Library.
- PLATÓN, *Diálogos*, ed. de Emilio Lledó *et al.*, Gredos, Madrid, 2006, 9 vols.
- Plutarch's Lives IV. Alcibiades and Coriolanus, Lysander and Sulla*, trad. de Bernadotte Perrin, Loeb Classical Library, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1959.
- WILLIAM O'NEILL, *Proclus: Alcibiades I. A Translation and Commentary*, University of Southern California, 1971.
- STEPHEN FORDE, *The Ambition to Rule. Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides*, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1989.
- ANDRE ARCHIE, *Politics in Socrates' Alcibiades. A Philosophical Account of Plato's Dialogue Alcibiades Major*, Springer, Cham, 2015.
- ARIEL HELFER, *Socrates and Alcibiades. Plato's Drama of Political Ambition and Philosophy*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 2017.
- WILLIAM H. F. ALTMAN, *Ascent to the Beautiful. Plato the Teacher and the Pre-Republic Dialogues from Protagoras to Symposium*, Lexington Books, Lanham, MD, 2020.

Alcibíades Mayor

103 a-104 d

SÓCRATES—. Hijo de Clinias, creo que te sorprende que, después de haber sido yo el primero en enamorarme de ti, sea el único en no abandonarte cuando los demás lo han hecho, a pesar de que, mientras ellos te estuvieron importunando con su conversación, yo a lo largo de tantos años ni siquiera te dirigí la palabra [...].

ALCIBÍADES—. Tal vez no sepas, Sócrates, que por poco me has tomado la delantera.

105 e-106 a

SÓCRATES—. Mientras tú eras bastante joven, antes de que te desbordaran tantas esperanzas, en mi opinión el dios no permitía que te hablara para evitar que lo hiciera inútilmente. Ahora me ha dejado en libertad porque ya estás dispuesto a escucharme.

ALCIBÍADES—. Verdaderamente, Sócrates, me pareces ahora mucho más sorprendente, desde que empezaste a hablar, que cuando me seguías en silencio, y eso que entonces ya lo eras, y no poco.

116 e

ALCIBÍADES— ¡Por los dioses, Sócrates!, ya no sé ni lo que digo, y en verdad me da la impresión de que me encuentro en una situación absurda, pues al contestarte, unas veces pienso una cosa y otras veces otra

117 e-118 a

SÓCRATES—. -Luego, si no son los que no saben ni los ignorantes que son conscientes de su ignorancia, ¿acaso nos quedan otros que los que no saben, pero creen que saben? [...] Luego es esta ignorancia la causa de los males y la verdaderamente censurable.

118 b

SÓCRATES—. ¡Ay, Alcibíades, qué desgracia la tuya! Aunque yo vacilaba en calificarla, sin embargo, como estamos solos, debo hablar. Porque estás conviviendo con la ignorancia, querido, con la peor de todas, tal como te está delatando nuestro razonamiento, e incluso tú mismo. Por eso te lanzas a la política antes de recibir formación en ella.

127 d

ALCIBÍADES—. Pero, ¡por los dioses!, Sócrates, ya ni siquiera yo mismo sé lo que digo, y es posible que sin darme cuenta haya estado hace tiempo en una situación muy vergonzosa.

129 e-130 c

SÓCRATES—. ¿Entonces el hombre es algo distinto de su cuerpo? [...]. El hombre no es otra cosa que el alma.

135 e

SÓCRATES—. Me gustaría que perseveraras, pero tengo un gran temor, no porque desconfíe de tu naturaleza, sino porque veo la fortaleza de nuestra ciudad y temo que pueda conmigo y contigo.



la torre del Virrey

Instituto de estudios culturales avanzados

Alcibíades menor

138 a-c

SÓCRATES—. ¡Hola, Alcibíades!, ¿te diriges a rezarle al dios?

ALCIBÍADES—. Así es, Sócrates.

SÓCRATES— Pues tienes un aspecto muy serio y abatido, como si tuvieras alguna preocupación.

ALCIBÍADES— ¿Y de qué podría estar preocupado, Sócrates?

SÓCRATES— De lo más importante de todo, Alcibíades, al menos en mi opinión. Porque, dime, ¡por Zeus!, ¿no crees que los dioses nos conceden unas veces lo que se nos ocurre pedirles, ya sea en privado o en público, mientras que otras veces nos lo niegan, y que atienden a unos y no a otros?

ALCIBÍADES— Desde luego.

SÓCRATES—. ¿Y no crees que se necesita mucha prudencia para evitar pedir sin darnos cuenta grandes males creyendo que son bienes, y que por su parte los dioses estén casualmente dispuestos a dar lo que se les pida? Por ejemplo, cuentan que Edipo pidió a los dioses que sus hijos dirimieran la herencia con la espada, y así, pudiendo pedir con sus plegarias un alejamiento de los males presentes, consiguió con sus imprecaciones males añadidos. Y, en efecto, se cumplieron, y vinieron tras ellos otros males terribles que... ¿para qué los vamos a enumerar?

140 e-141 d

SÓCRATES—. ¿Y consideras sensatos a los que saben lo que se debe hacer y decir?

ALCIBÍADES—. Sí.

SÓCRATES—. ¿Y a quiénes consideras insensatos? ¿A los que no saben ni una ni otra cosa?

ALCIBÍADES—. Sí, a éstos.

SÓCRATES—. Pero si, en realidad, no saben ni una ni otra cosa, dirán y harán sin darse cuenta lo que no deben.

ALCIBÍADES—. Eso parece.

SÓCRATES—. Pues una de esas personas, Alcibíades, decía yo que era Edipo. Te darás cuenta de que incluso ahora muchas personas, aun sin estar dominadas por la cólera, como él, no creen estar pidiendo males para ellos a los dioses, sino bienes. Edipo, en realidad, ni pedía bienes ni creía estar pidiéndolos. Hay otros, en cambio, a quienes les ocurre todo lo contrario. Porque estoy seguro de que tú el primero, suponiendo que se te apareciera de modo visible el dios a quien ahora te diriges y antes de que tú le hicieras ninguna súplica te preguntara si te conformarías con llegar a ser tirano de Atenas; y que si esto te pareciera poca cosa y añadiera que de toda Grecia; y que al darse cuenta de que te parecía que todavía tenías poco si no era de toda Europa te prometiera eso, y aun añadiera la promesa de que hoy mismo, si tú querías, se enterarían todos de que Alcibíades, el hijo de Clinias, es tirano, tengo la seguridad de que te marcharías satisfechísimo como si hubieras alcanzado los mayores bienes.

ALCIBÍADES—. Yo creo, Sócrates, que lo mismo le ocurriría a cualquier otro al que le sucediera una cosa parecida.

SÓCRATES—. Sin embargo, a ti no te gustaría que la tierra y el gobierno de todos los griegos y bárbaros llegaran a ser tuyos a cambio de tu propia vida.

ALCIBÍADES—. Desde luego que no me gustaría. ¿Para qué, si no iba a disfrutar de ello?

SÓCRATES—. ¿Y si fueras a disfrutar de ello de mala manera y nocivamente? ¿Tampoco así?

ALCIBÍADES—. No, tampoco.

SÓCRATES—. Estás viendo, pues, que no es seguro ni aceptar a ciegas los bienes que se nos ofrecen ni pedir uno que lleguen a plasmarse, si con ello se va a sufrir perjuicio o incluso perder la vida. Podríamos citar a muchos que por ambición de tiranía pusieron todo su empeño en lograrla como si fueran a conseguir un bien; fueron objeto de atentados a causa de la tiranía y perdieron la vida.

142 c-143 e

SÓCRATES—. La mayoría no renunciaría a la tiranía si se les ofreciera, ni al generalato ni a otras muchas cosas cuya posesión hace más daño que beneficio, sino que, por el contrario, cuando les falta algo, harían súplicas para tenerlo. Pero a veces, después de disfrutarlo poco tiempo, cantan la palinodia, retractándose de sus anteriores peticiones. Por ello, yo a veces temo que los hombres inculpen vanamente a los dioses cuando dicen que los males les vienen de ellos, pues es preciso decir que son ellos mismos los que por su propia soberbia e insensatez agravan los males señalados por el destino.

Probablemente era un hombre sensato aquel poeta que tenía, en mi opinión, unos amigos insensatos y al ver que hacían y pedían lo que no era bueno (aunque a ellos sí se lo parecía) hacía una plegaria común e idéntica para todos ellos, que decía así, poco más o menos:

Zeus soberano, danos los bienes, tanto si te los pedimos como si no, pero los males, aunque te los pidamos, apártalos de nosotros.

A mí me parece que el poeta emplea una fórmula buena y segura, pero si tú tienes algo que decir en contra, no te quedes callado.

ALCIBÍADES—. Es difícil, Sócrates, replicar a lo que está bien dicho. Sin embargo, hay una cosa en la que estoy pensando: de cuántos males es causa la ignorancia humana, puesto que al parecer a causa de ella obramos mal sin darnos cuenta y, lo que es peor, pedimos los mayores males para nosotros. Cosa que nadie podría creer, sino que cualquiera se consideraría capaz de desear para sí mismo lo mejor y no lo que más daño le hace. Porque, en verdad, esto último más parecería ser una maldición que una súplica.

SÓCRATES—. Sí, pero tal vez, mi querido amigo, alguien que fuera más sabio que tú y que yo podría decir que no hablamos correctamente al

censurar tan a la ligera la ignorancia si no añadimos acerca de qué es la ignorancia, que para algunas personas y en determinadas circunstancias es un bien, mientras que para otras es un mal.

ALCIBÍADES—. ¿Qué quieres decir? ¿Es que hay algo que en cualquier situación sea para alguien mejor ignorarlo que saberlo?

SÓCRATES—. Yo sí lo creo. ¿Tú no?

ALCIBÍADES—. ¡No, por Zeus!

SÓCRATES—. Desde luego no te acusaré yo de haber querido tramar contra tu propia madre lo que dicen de Orestes y de Alcmeón y de cuantos otros hayan podido hacer lo mismo que ellos.

ALCIBÍADES—. En nombre de Zeus, Sócrates, no blasfemes.

SÓCRATES—. No tienes que decirle que no blasfeme, Alcibíades, a quien te dice que tú no querrías haber hecho tales cosas, sino más bien a quien afirmase lo contrario, ya que te parece que el acto es tan horrible que ni siquiera puede nombrarse a la ligera. ¿Tú crees que Orestes, si hubiera estado en sus cabales y se hubiera dado bien cuenta de lo que mejor le convenía hacer, se habría atrevido a cometer una acción parecida?

ALCIBÍADES—. Yo creo que no.

SÓCRATES—. Ni ninguna otra persona, supongo.

ALCIBÍADES—. Yo tampoco.

SÓCRATES—. Luego, como parece, es un mal la ignorancia y el desconocimiento del bien.

144 e-145 c

SÓCRATES—. De que, por así decirlo, la posesión de los demás conocimientos, en el caso de que no se tenga además la del bien, probablemente es raras veces útil y, en cambio, casi siempre perjudica al que la posee. Presta atención a lo que voy a decir: ¿No crees que, cuando nos disponemos a hacer o a decir algo, debemos ante todo pensar que conocemos o sabemos en realidad lo que tan bien dispuestos estamos a decir o hacer?

ALCIBÍADES—. Así me lo parece.

SÓCRATES—. Así, por ejemplo, los oradores, cada vez que nos dan consejos, o son consejeros competentes o creen que lo son, unas veces sobre la guerra y la paz, otras sobre la construcción de murallas o el acondicionamiento de puertos. En una palabra, todo lo que una ciudad lleva a cabo, ya sea contra otra ciudad o bien ella misma según sus propias necesidades, todo se realiza de acuerdo con el consejo de los oradores.

ALCIBÍADES—. Lo que dices es cierto.

SÓCRATES—. Pues fíjate en lo que viene ahora.

ALCIBÍADES—. Lo haré si puedo.

SÓCRATES—. Tú hablas, sin duda, de personas sensatas y de personas insensatas.

ALCIBÍADES—. Desde luego.

SÓCRATES—. ¿Y no son la mayoría insensatos y unos pocos sensatos?

ALCIBÍADES—. Así es.

SÓCRATES—. ¿Y no los distingues apoyándote en algún criterio?

ALCIBÍADES—. Sí.

SÓCRATES—. Y según eso, ¿llamas sensato al que sabe aconsejar, aunque ignore lo que es bueno y cuándo lo es?

ALCIBÍADES—. No.

SÓCRATES—. Ni tampoco, me imagino, al que sabe guerrear sin saber cuándo es oportuno ni cuánto tiempo debe durar. ¿No es así?

ALCIBÍADES—. Sí.

SÓCRATES—. Ni al que sabe matar, robar o empujar al destierro, sin saber en qué momento es mejor o quién es el más indicado.

ALCIBÍADES—. Desde luego que no.

SÓCRATES—. Luego es al que tiene alguno de estos conocimientos, si además le acompaña la consciencia del bien..., consciencia que, sin duda, es idéntica al conocimiento de lo útil. ¿No es así?

145 e-147 a

SÓCRATES—. ¿Y qué clase de régimen de gobierno crees tú que puede formarse con buenos arqueros y flautistas, atletas y demás técnicos, incluidos entre ellos los que antes hemos citado, los que saben hacer la guerra por sí misma, matar por matar, añadiendo retóricos hinchados de vanidad política, pero todos ellos carentes del conocimiento del bien y de la persona que sepa decides cuándo es oportuno y para qué puede emplearse cada uno de esos saberes?

ALCIBÍADES—. Yo creo que sería un mal gobierno, Sócrates.

SÓCRATES—. Y me imagino que lo dirías sobre todo cuando vieras que cada uno de ellos se afanaba y dedicaba la mayor parte de su gobierno a superarse cada vez más a sí mismo, quiero decir a convertirse en el mejor de su propia especialidad mientras se equivocaba por completo continuamente en lo referente al bien de la ciudad y el suyo propio, por haber confiado irreflexivamente, a mi juicio, en la opinión. Estando así las cosas, ¿no sería correcto afirmar que un gobierno parecido estaría lleno de confusión e ilegalidad?

ALCIBÍADES—. Sería correcto, por Zeus.

SÓCRATES—. Ahora bien, ¿no estábamos de acuerdo en que es absolutamente necesario que creamos saber, o bien saber en realidad, lo que estamos bien dispuestos a hacer o a decir?

ALCIBÍADES—. Sí lo estábamos.

SÓCRATES—. ¿Y no es necesario también convenir que si se hace lo que uno cree saber, o lo que uno sabe realmente, y acompaña y sigue a la acción el provecho, seremos útiles a la ciudad y también a nosotros mismos?

146 e

SÓCRATES—. Luego tanto una ciudad como un alma que se disponga a vivir rectamente deben aferrarse a ese conocimiento, exactamente lo mismo que un enfermo se aferra al médico, o el pasajero a un piloto si quiere navegar seguro. Porque, sin ese conocimiento, cuanto más favorablemente nos haya impulsado el viento de la fortuna, ya sea en la

adquisición de riquezas, ya en la salud del cuerpo, ya en cualquier otro bien de esta clase, tanto mayores son las desgracias que al parecer se desprenden necesariamente de ellos. El que posee la llamada erudición y la «politecnia», pero le falta ese conocimiento del bien y se deja arrastrar por cada uno de los otros, ¿no se expone realmente, con mucha razón, a sufrir una gran tempestad, puesto que se arriesga en alta mar sin piloto, donde no vivirá mucho tiempo?

147 e-149 c

SÓCRATES—. Pues veamos, ¡por Zeus!, porque, sin duda, ya estás viendo la magnitud y naturaleza de la confusión, y creo que también tú te has contagiado de ella. Pues no dejas de cambiar de opinión ni un momento en todos los sentidos, e incluso de lo que estabas más convencido lo has rechazado y ya no piensas lo mismo... Pues bien, si ahora mismo volviera a presentarse ante tí el dios a quien te diriges y antes de que tú le hubieras hecho cualquier súplica te preguntara si te bastaría conseguir alguna de las cosas que decíamos al principio y hasta te permitiera expresar tus deseos, ¿qué es lo que creerías más oportuno, aceptar los dones de la divinidad o pedirle personalmente su realización?

ALCIBÍADES— ¡Por los dioses!, Sócrates, yo no sería capaz de responder así de repente, pero me parece un asunto muy importante, que requiere en realidad una gran atención, para evitar que sin quererlo uno esté suplicando males creyendo que son bienes y luego, sin esperar mucho tiempo, como tú decías, tenga que cantar la palinodia, retractándose de lo que al principio había pedido.

SÓCRATES—. ¿No sería por estar más enterado que nosotros el poeta al que hacíamos alusión al comienzo de nuestra charla por lo que rogaba a los dioses que alejaran de nosotros los males aunque los pidiéramos?

ALCIBÍADES— Así me lo parece.

SÓCRATES—. Pues bien, Alcibíades, también los lacedemonios, ya sea por imitación de este poeta o porque ellos mismos llegaron también a esta conclusión, siempre hacen en privado y en público una plegaria parecida, en la que piden a los dioses que les concedan, además, de los bienes, la honestidad moral, y nadie podría oírles pedir ninguna otra cosa en sus plegarias. Lo cierto es que hasta el momento presente no han sido menos felices que otros, y si acaso les ha sucedido no ser afortunados en todo, ya no depende de su plegaria, sino que pienso que está en las manos de los dioses el otorgarnos lo que les pedimos o lo contrario. Pero quiero contarte también otra cosa que oí en cierta ocasión a unos ancianos: que, habiendo surgido motivos de discrepancia entre atenienses y lacedemonios, ocurría que nuestra ciudad sufría continuos reveses en cada batalla, tanto por tierra como por mar, y nunca conseguía alcanzar la victoria. Ante ello, los atenienses estaban irritados y perplejos sin saber qué medio podrían encontrar para librarse de sus males presentes. En sus deliberaciones decidieron que lo mejor era enviar mensajeros a Amón y preguntarle por qué los dioses daban la victoria a los lacedemonios más que a ellos, que «somos los griegos que ofrecemos sacrificios más numerosos y más ricos»,

decían, «hemos embellecido sus santuarios con ofrendas como ningún otro y todos los años honramos a los dioses con las procesiones más suntuosas y más impresionantes, invirtiendo en ellas más dinero que todos los griegos juntos. Los lacedemonios en cambio», añadían, «nunca se preocuparon de estos asuntos, sino que se portan con los dioses con tal cicatería que les sacrifican en cada ocasión animales lisiados, y en todos los demás aspectos les rinden honores muy inferiores a los nuestros, aunque sus rentas no son inferiores a las de nuestra ciudad». Una vez que los emisarios hubieron pronunciado estas palabras, cuando preguntaron además qué debían hacer para encontrar una liberación a sus desgracias, el intérprete del oráculo no dio ninguna otra respuesta (evidentemente, porque el dios no se lo permitía), pero llamó a los atenienses y les dijo: «Esto es lo que dice Amón a los atenienses: que el lenguaje respetuoso de los lacedemonios le resulta más agradable que todos los sacrificios de los griegos». Esto es lo que dijo, y nada más. Y en cuanto a lo del lenguaje respetuoso, yo creo que el dios no quiere referirse sino a la propia plegaria de los lacedemonios, ya que en realidad es muy distinta de la de los otros pueblos. En efecto, los demás griegos, ya sea sacrificando bueyes con cuernos dorados, ya gratificando a los dioses con ofrendas, piden todo lo que se les ocurre, tanto si es bueno como si es malo, y los dioses, oyendo sus súplicas blasfemas, no acogen de buen grado sus costosas procesiones y sacrificios. Por ello creo yo que hay que tener mucha prudencia y cuidado sobre lo que se debe y no se debe decir.

150 a-151 c

SÓCRATES—. Una cosa es cierta al menos: que, entre los dioses y los hombres sensatos, la justicia y la cordura disfrutan de una gran consideración. Ahora bien, prudentes y justos no son otros que quienes saben lo que se debe hacer y decir en relación con los dioses y con los hombres. Me gustaría también saber lo que a ti se te ocurre en este aspecto.

ALCIBÍADES— Pues bien, Sócrates, mi opinión en nada difiere de la tuya y la del dios. No sería lógico que mi voto fuera opuesto al de la divinidad.

SÓCRATES—. ¿Te acuerdas de haber dicho que te encontrabas en un gran apuro por miedo a pedir sin darte cuenta males para ti creyendo que eran bienes?

ALCIBÍADES— Sí.

SÓCRATES—. Pues ya ves que para ti no es seguro dirigirte al dios a hacerle súplicas, no sea que te vaya a ocurrir que la divinidad, al oír tu lenguaje blasfemo, no acepte tus sacrificios y encima recibas algo muy distinto de lo que pedías. Por ello, yo creo que lo mejor es que te mantengas tranquilo, pues no creo que quieras utilizar el tipo de plegaria de los lacedemonios, teniendo en cuenta tu exaltación de espíritu (que es el nombre más bello de la insensatez). Es preciso esperar hasta que seas consciente de la actitud que hay que adoptar frente a los dioses y frente a los hombres.

ALCIBÍADES—. ¿Y cuándo llegará ese momento, Sócrates, y quién será mi maestro? Porque sería muy agradable para mí ver quién es ese hombre.

SÓCRATES—. Es el que se preocupa de ti, pero me parece que lo mismo que Homero dice que Atenea disipó la niebla de los ojos de Diomedes para que pudiera reconocer si era un dios o un hombre, así también será necesario empezar por quitar de tu alma la niebla que en este momento la cubre y aplicarte a continuación los remedios con los que podrás reconocer tanto el bien como el mal. Porque creo que ahora no serías capaz.

ALCIBÍADES—. Pues que me quite la niebla o cualquier otra cosa que sea. Que yo estoy dispuesto a no esquivar ninguna de sus órdenes, quienquiera que sea este hombre, si al menos voy a perfeccionarme.

SÓCRATES—. Lo que, sin embargo, es seguro es el enorme interés que siente por ti.

ALCIBÍADES—. Entonces creo que lo mejor será demorar para aquel día el sacrificio.

SÓCRATES—. Tienes razón. Más seguro es eso que arriesgarse a correr un peligro tan grande.

ALCIBÍADES—. Pero ¿cómo voy a exponerme, Sócrates? Como creo que me has aconsejado correctamente, voy a darte esta corona. En cuanto a los dioses, ya les daremos coronas y todos los dones que se acostumbra, cuando vea que ha llegado aquel día, que no ha de tardar mucho si ellos lo desean.

SÓCRATES—. Y yo acepto este regalo con el mismo gusto con que aceptaría cualquier otro que de ti viniera. De la misma manera que Eurípides nos presenta a Creonte que, al ver a Tiresias con las coronas y al enterarse de que las había recibido como ofrenda de sus enemigos gracias a su arte, dice:

*Tomo tus coronas portadoras de victoria como un presagio,
pues estamos en una gran tempestad, como sabes.*

Así, también yo tomo de ti esta buena reputación como un presagio. Creo que no estoy en una tempestad más ligera que Creonte, y me gustaría llegar a ser el vencedor de tus amantes.